

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 2 JULIO 1898. NÚM. 27

EL MOTÍN

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos.

La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

¡¡IMPORTANTÍSIMO!!

Ignorándose en estos instantes el paradero del *Partido Republicano*, se suplica á quien lo sepa que se sirva decírselo á España.

Señas para no confundirlo con ningun otro: Tiene un parecido asombroso con el *Enano de la venta*; charla mucho y sin tino, escupe ridiculamente por el colmillo, promete y no cumple, amaga y no da.

Debe buscársele en banquetes, veladas, comités, asambleas, municipios y congresos, sitios á que concurre casi exclusivamente. No se perderá el tiempo echando un vistazo á las sacristías.

No fijamos el traje, porque lleva indistintamente, ya la librea de Pi, ya la de Salmerón, ya la de Esquerdo.

La persona que averigüe dónde está, qué piensa, qué hace, y lo comunique, merecerá bien de la patria.

Si hubiese muerto, como pudiera bien haber sucedido, víctima de la *idolatría* crónica que padecía, ó tal vez de anemia ó impotencia, no debe ocultársele tampoco á España, para que no fíe en que él pudiera salvarla.

En caso de fallecimiento, ya se suplicará oportunamente el carro de la basura.

DE ACUERDO CON PI

Como mis lectores han visto, he rehuído hablar de las guerras coloniales y de la extranjera. Preveía la catástrofe para nosotros, y no he querido contribuir con ridículas baladronadas á excitar el espíritu público.

Lo que nos ocurre allende los mares es terrible; pero hay algo más terrible aún; que con motivo de las guerras, la extranjera especialmente, nos hayamos revelado como un pueblo vano y jactancioso, poco serio y arlequinesco.

Por esto encuentro de perlas lo siguiente que ha escrito el señor Pi y Margall, y que copio, porque yo contribuyo á difundir lo que

creo bueno, aun cuando no sea mi amigo quien lo diga:

«Ira da ver á la prensa exigiendo responsabilidades al Gobierno. Para ella el Gobierno es responsable de no haber tenido mejor artillado el puerto de Cavite, de haber dejado en completo abandono á los defensores de Manila, de no disponer de escuadras con que contrarrestar las de los norteamericanos, de mirar inactivo é impasible cómo va el enemigo bombardeando nuestras plazas y están acorralados en la bahía de Santiago de Cuba nuestros mejores buques de guerra.

Sabia de sobra esa malhadada prensa, que en lucha con los Estados Unidos no podía ser otra la suerte de nuestras armas, y ¿quién, sin embargo, sino ella, incitó de continuo á la guerra, así á la nación como al Gobierno? ¿Defendió nunca la paz ni indicó los medios de mantenerla? ¿No batió, por lo contrario, palmas el día en que aquí imprudentemente se dió las dimisorias á Woodford?

Podíamos según ella vencer á los norteamericanos. Nosotros éramos los bravos, los hombres nacidos para la guerra, los lobos de mar, los nunca vencidos, los invencibles: ellos, una nación sin marina ni marinos, sin ejército, sin aptitud más que para los negocios, sin ideales, sin otra pasión que la pasión del oro. ¿Qué importaba que les fuésemos inferiores en armas y recursos? Recursos los daría á manos llenas el patriotismo; la escasez de armas la supliría nuestro arrojo. El pecho era para nosotros el mejor muro contra el enemigo.

Vienen los hechos á desmentirla, y ahora, en vez de confesar su yerro, ó por mejor decir, su crimen, osa revolvase contra ese mismo gobierno á quien precipitó á la guerra. ¿Habrá mayor audacia?»

Tiene razón el señor Pi; la prensa que ha excitado al gobierno á la guerra carece de derecho para exigirle ahora responsabilidades. A ella sí que deberían pedírsele. Y no quiero hablar hoy de los periódicos que han hecho de la guerra motivo de negocio.

De todas las explotaciones indignas que conozco, ninguna comparable con la de esos periódicos que, por vender unos ejemplares más, abultan la noticia desastrosa para España, cuando no la inventan; que tienen para cada día un título rimbombante que seduzca al público, una suposición pesimista que achique el espíritu patrio.

Ni á título de oposición al gobierno, debería ningún periódico explotar el interés que la guerra despierta, publicando noticias que no estuvieran debidamente comprobadas, ni menos exagerarlas para despertar curiosidades malsanas; y menos aún si esos periódicos aspiraban á representar partidos á quienes ni de cerca ni de lejos alcanzan responsabilidades en las tremendas catástrofes que sobre España pesan.

Por todas estas razones, aplaudo de veras la nota justa y patriótica que ha dado el señor Pi y Margall.

CAMPAÑA INEFICAZ

Quizás sea el primer caso que se da en política de que un hombre triunfe y lo lamente.

Sí; yo lamento, y de todas veras, haber tenido razón al decir hace años que el partido republicano llegaría á no ser tomado en cuenta para nada; profecía que se ha confirmado en la legislatura que acaba de terminar.

Y no es que nuestros diputados no hayan hablado, y bien; ni dejado de atacar al gobierno con talento y energía; lo han hecho. Es que el gobierno y las Cortes saben que no representan la opinión republicana, y les tiene sin cuidado cuanto dicen y puedan decir.

No es el número tampoco. Romero Robledo ha estado sólo en el Congreso con cuatro ó cinco amigos de significación escasa, y ha hecho campaña más viva, más práctica y más eficaz

que nuestros diputados. Y eso que, quitando Pi y Carvajal, ha ido al Congreso lo más granado y elocuente del partido.

Tenemos que desengañarnos todos. Las torpezas de los de arriba, en competencia con los egoísmos de los de enmedio y la indiferencia de los de abajo, nos han reducido al extremo de que nadie nos haga caso. Para la llamada gente de orden no somos garantía; para los revolucionarios somos poco radicales. En suma, que nos falta ambiente.

Y por esto ha podido darse el triste caso de que Salmerón, el de más autoridad en la minoría, se viera en la sesión última sisecado, coreado en sus exclamaciones, provocando la risa de los imbéciles y teniendo que sentarse acorralado por los incapaces. Y esto, lo repito, es muy triste.

Salmerón denostado, injuriado, calumniado, seguiría siendo lo que es; tolerando sin una protesta enérgica que los monárquicos lo tachen de *encasillado* y *cunero*, ha perdido mucha importancia. Arrojado de la Cámara, procesado, preso, desterrado, escarnecido por la prensa monárquica, nos hubiera llenado de orgullo á los republicanos; sirviendo sus palabras de befa y chacota á los monárquicos, nos produce impresión penosa.

Cierto que los mal educados, los despreciables son los que tal hicieron; mas también lo es que por ese camino no cimentará su respetabilidad el señor Salmerón.

¿Y sabe él por qué le ocurre eso, aparte su escaso tino en las lides parlamentarias y políticas? Porque el hombre que en los partidos populares no tiene masas que le sigan, está desautorizado; porque el demócrata que aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para insultar al pueblo, ni aun sus mismos adversarios le respetan; porque el republicano que resta elementos valiosos, por su afán constante de acaparar los primeros puestos para él y sus amigos, encontrará siempre minado el terreno.

Vuelva en sí el señor Salmerón; rectifique su conducta política; ceda en sus propósitos de absorción y dominio; renuncie á serlo todo, facilitando así la unión y la concordia; ame, en fin, á la República un poco más que á sí mismo, y quizás vuelva todavía á contar con todos los que admiramos su talento pero reprobamos los medios de que se vale para imponerlo. De lo contrario, temo que muy pronto el señor Salmerón, que hoy todavía nos entusiasma á ratos aunque á ratos nos indigne, vea muy pronto que los republicanos, como los monárquicos ya, tomamos á broma sus fiejerezas, á risa sus exclamaciones, y nos hacen gracia sus arranques... Y como una vez caiga así, tenga la seguridad de no alzarse nunca.

NAKENS Y EL CARLISMO

No le conozco á usted ni de vista, señor Nakens, y sin embargo, téngome por gran amigo suyo. Lo que busco en el hombre, ante todo, es razón, justicia, lógica; y si una sola palabra tuviera la significación de esas tres, diría que es bondad lo primero que busco.

Todo eso lo encuentro en usted, que probando ser razonable, justo y lógico, no dice: *A los tuyos, con razón ó sin ella*, sino: *Todo al que tenga razón*. Usted se inclina, aplaudiendo, delante del bien y yérguese, amenazando, en presencia del mal.

Por eso soy amigo espiritual de usted aunque mi pensamiento no sea á ratos como el suyo. Nuestro desacuerdo sólo resulta del error de uno de entrambos. ¿Que esto es claro? No, señor. Lo parece. Dos personas saben, por ejemplo, que dos y dos son cuatro, y, no obstante, una de las dos dice serenamente que son cuatrocientos. Aquí no hay error, sino desvergüenza ó cobardía.

El principal asunto sobre que discuerdo de usted llévame á escribir estos renglones, los cuales no saldrían de mi pluma, sin embargo, á no contar con *La Campaña*, ó mejor dicho, con Bonafoux, quien, más que mi amigo, es mi hermano espiritual.

El gran error de usted consiste en que es usted republicano sobre todo y contra todo. ¿Vale Francia más que Inglaterra, ó Alemania menos que los Estados-Unidos? ¿Era inferior el imperio brasileño á las repúblicas hispano-americanas? Convenga usted, pues, en que no depende de la forma de gobierno el bienestar de los pueblos.

Advierto á usted que yo no soy republicano ni monárquico, sino sencillamente anarquista, esto es, partidario de que cada cual haga lo que quiera, sin más límite en su libertad que la libertad de los demás. ¿Que esto no puede ser, al menos por ahora? Ya lo sé. Por eso tengo que optar por algún gobierno, que nadie necesita contra usted ni contra mí... Discutamos, pues, sobre cuál será mejor ó menos malo.

Desde la batalla de Alcolea, que ha sido para España la más funesta de todas las batallas, nos han gobernado ó desgobernado todos los partidos, ninguno de los cuales hizo otra cosa que empujarnos hacia la vergüenza y la ruina. ¿A quién, pues, se debe confiar el gobierno? ¿A alguien que no haya demostrado ser malo todavía: al partido carlista... (Siga usted leyendo, señor Nakens. No suelte el periódico.)

¿No es el partido carlista un partido fuerte, robusto, potente, bien organizado, el mejor organizado de España? ¿No nos han gobernado todos los demás partidos? ¿Por qué, entonces, niega usted á los carlistas el derecho á gobernar? Aquí es donde hecho de menos la lógica de usted. ¿Qué eficaz hubiera sido la actividad que usted viene malgastando en defensa de los republicanos si la hubiese empleado en auxilio de los carlistas! Usted, que no pudo traer la república, habría traído á don Carlos...

¿Qué puede usted esperar de un partido á quien no unen la desgracia ni el dolor? ¿Qué esperanzas va usted á vincular en quien abandona á su más resuelto defensor, á usted, que vaga solitario y triste por la llanura desierta? ¿Qué le han dado á usted los republicanos por sus folletos contra don Carlos? ¿Qué le han dado! Hubiéralos escrito defendiendo á los carlistas y sería usted rico. ¿Cuántos ha escrito? ¿Treinta y tres? Pues le valdrían por lo menos treinta y tres mil duros. ¿A que no le han dado á usted los republicanos ni treinta y tres mil céntimos?

Pero, dando por supuesto que hace usted bien en recordar los crímenes del carlismo, ¿qué razón hay para no hacer memoria de los que cometieron los demás? ¿Existe en España algún partido de cuyas dilapidaciones y venalidades no se hayan originado mayores desgracias que por esos crímenes? Sea usted lógico, señor Nakens. Yo soy menos carlista que usted, porque entre su república y don Carlos hay menos distancia que entre don Carlos y mi anarquía, y con todo convengo en que España, hoy por hoy, sólo puede volver la vista á don Carlos.

Con su gobierno, tal vez preponderase el trabajo sobre la indolencia, el ambiente que estimula sobre el ambiente que anerva, el hombre del norte sobre el del mediodía; el Nervión sobre el Betis... ¿Que no? Pues nos haríamos ingleses ó sinvergüenzas.

A propósito de ingleses. Lord Macaulay dice: «En política es error muy frecuente confundir el fin con los medios de realizarlo. De aquí que muchos entiendan bastante á producir buenos gobiernos la posesión de constituciones, cartas, peticiones, y declaraciones de derechos, asambleas representativas y colegios electorales, sin advertir que todas estas cosas por sí, aun cuando se hallen organizadas á maravilla, son como si no fueran, allí donde los ciudadanos carecen de las virtudes cívicas necesarias á velar por su mantenimiento»...

En ese error ha caído usted, señor Nakens, como caen muchos en el de atribuir al gobierno las desdichas de la patria, y como puede caer el médico en el de combatir la úlcera originada de la miseria fisiológica. Nuestro gobierno es el reflejo, la expresión de nuestro estado social. Por eso es tan inútil combatir el mal en el gobierno como la enfermedad en la úlcera. Combatamos las causas, es decir, la sociedad y el organismo, y entonces uno y otra desaparecerán por sí solos... si se llega á tiempo.

MANUEL ALVAREZ

La Guardia, Junio 1898

RESPUESTA

Sr. D. Manuel Alvarez

La Guardia

Pensé no contestarle, por el tufo carlista que despide su artículo. Luego, suponiendo que no lo es usted cuando Bonafoux le deja colaborar en *La Cam-*

paña, varié de opinión. Y allá va mi respuesta, faltando por esta vez á mi propósito de no discutir con ningún revolucionario desconocido para mí, sin preguntarle previamente: «¿va usted á misa?»

Si, tiene usted razón; soy republicano sobre todo y contra todo, y aún añadiré que á pesar de todo. ¿Por qué lo soy? Por ser democrata y la República la verdadera forma de gobierno de la democracia.

«Que no depende el bienestar de los pueblos de la forma de gobierno.» En este caso, ¿qué importa que siga la monarquía constitucional? ¿Para qué desear la venida de don Carlos?

¿Que usted es anarquista? Dudo que prácticamente lo sea usted más que yo; ni siquiera teóricamente: ahí están mis libros. Pero no creo en el anarquismo; para esto necesitaría tener mejor idea que la que tengo de mi especie. Algo de esto debe usted pensar también cuando me dice: «contra usted y contra mí nadie necesita gobierno», lo que equivale á reconocer que se necesita contra otros.

«Que la batalla de Alcolea ha sido funesta para la patria.» Díjela usted que no ha dado los frutos que debía, y estariamos conformes. ¿Mas por qué no los dado? Por no haber barrido con ganas todo lo sucio y amputado con firmeza todo lo podrido. ¿Y por qué no hizo esto? Por transigir con el espíritu de ese partido para quien usted pide el poder; por no haber hecho tabla rasa de muchas leyes y de muchas instituciones; por haber sido demasiado generosa ó demasiado confiada; por no haber comprendido que las revoluciones se hacen para volver lo de arriba abajo. ¡Pobre revolución de Septiembre! ¡Te insultan porque no comprendiste que al enemigo caído hay que darle el golpe de gracia!

«Que el partido carlista debe gobernar porque no ha gobernado, y los demás partidos lo han hecho muy mal.» ¿Que no ha gobernado el partido carlista? Los que tal suponen, se olvidan de que reinó desde el 14 al 32 en España, con sólo un paréntesis de tres años; y desde el 33 al 39 en el Norte, donde volvió á reinar desde el 72 al 76; y que en la primera época, pareciéndole á sus partidarios liberal aún, se sublevaron en 1827 contra el manolo indecente que entonces reinaba; que del 33 al 39 predominó la teocracia intransigente sobre el elemento político y militar; y que del 72 al 76 los bandidos como Santa Cruz, Sallés y Cucala anularon á los militares que trataban de despojar al carlismo de su feroz intransigencia.

¿Y qué enseñanza nos dejó? Que no guarda respeto á nada; que sus partidarios se odian y se combaten; que predominan las camarillas; que hacen tabla rasa de sus principios cuando á su interés se oponen; que roban y dilapidan; que no se detienen ni ante el honor, ni la propiedad, ni la vida de sus correligionarios, en fin, que dan quince y raya á los liberales menos aprensivos. Intransigentes, desleales, traidores, calumniadores, é inmorales sobre todo, tales fueron los gobernantes carlistas durante las dos guerras, con poquitas excepciones, según el autorizado testimonio de sus correligionarios. ¡Y eso que se trataba de gobiernos de mentirijillas y de Cortes de opera bufa! ¿Qué no hubieran hecho en Cortes y gobiernos de veras?

Y no hablemos de su rey: inmoral, cobarde, sin elevación de pensamiento ni grandeza de miras; farsante, ridículo; deshonrando á las mujeres de sus vasallos y afrentando públicamente á su hija; mezcla de gigante de feria y de enano de venta, versátil y majadero; despreciador de los hombres dignos como el conde de Fuentes y Aparici Guizarro, y amigo de los criminales como Saballs y Rosa Samaniego, ¿que podía España esperar de ese hombre que escarneció al clero en la persona del obispo Caixal, como su hermano y su cuñado en la de Payá; que humilló y rebajó al Ejército en las de Díaz de Rada, Dorregaray y otros; que asesinó á militares pundonorosos para vengar á los criminales de Rosa que mató en leal combate el *Cojo de Cirauqui*, y á otros cuando murió Concha por incendiarios, siendo falso que lo hubieran sido? ¿A dónde irían la ley, la justicia y la moralidad si ocupase el trono el que prescindía de los fueros cuando le estorbaban, se burlaba en la emigración de los carlistas pobres y se emborrachaba con meretrices en Europa y América dando escándalos que avergonzarían á un rufián?

Y si él y los suyos hacían todo eso cuando más les importaba ganar prosélitos, ¿qué no harían después del triunfo?

Aparte esto, si el carlismo no es el absolutismo, ¿qué es? ¿Y vamos, después de las grandes luchas por la libertad, á aceptar el absolutismo? Antes vengan los yankis y nos vengzan y nos dominen: se perdería todo, menos el honor. Con don Carlos, el honor sería lo primero que se perdiese.

Ahora se dice, para ver si don Carlos pasa, que se ha liberalizado. ¡Mentira! Ni quiere, ni puede, ni

debe hacerlo. Dejaría de representar lo que representa. Valentín Gómez, uno de los jóvenes más ilustrados del carlismo, le hizo firmar en Morentin un manifiesto en que decía:

«Que así como un rey de Aragón rasgó con el puñal el privilegio de la Unión, él rasgaría con la espada de la justicia los privilegios de licencia y otorgaría á los pueblos sus cartas de libertad; que satisfaría los sentimientos religiosos de la católica España y su amor á la monarquía, pero sin espionaje religioso ni despotismo; que no molestaría á los compradores de los bienes de la Iglesia, como lo había demostrado; que quería una legítima representación del país en Cortes; que fijaría su atención con el más exquisito esmero en la instrucción pública; que salvaría la Hacienda y cumpliría como cumple un deudor honrado. Y añadía: «Fuera impropio de mi dignidad rebajarme á desmentir las calumnias que algunos propalan entre el sencillo vulgo suponiendo que estoy dispuesto á restaurar tribunales é instituciones que no concuerdan con el carácter de las sociedades modernas. Los que no conocen más ley que la arbitrariedad, ni tienen energía más que para encarnizarse con los vencidos y atropellar á los indefensos no deben intimidar á nadie con el augurio de imaginarios rigores y monárquicas arbitrariedades.»

Como había firmado aquello inconscientemente, se quedó hecho una pieza cuando los suyos le dijeron que el manifiesto era liberal y que debía desdecirse. Y efectivamente, todos sus actos se encaminaron desde entonces á desvirtuar aquellas afirmaciones.

No, don Carlos no se ha liberalizado; pero si lo hubiera hecho, esta sería una razón más para combatirlo. Sustener una guerra para que triunfase un nuevo partido liberal, aquí donde los hay de todos matices, nos daría patente de idiotas.

¿Y qué partido liberal el que triunfaria! Uno que tendría al frente al tipo más imbecilmente canallero que ha existido; tipo que, no sólo desprecia el saber ajeno, sino que abusa de su propia é inagotable necedad. Ningún hombre que se estime en algo puede permanecer á su lado mucho tiempo; únicamente de lejos puede tener partidarios de talento. Los ladrones con relicario como Cucala, ó los asesinos tonsurados como Santa Cruz, sólo éstos reúnen las condiciones necesarias para ser vasallos suyos; ó curas como aquel de Uero que llevaba una cruz roja en el capote y el trabuco en la mano; ó aquel otro de Altorja que, al ser interrogado por una mujer cuyo marido había mandado á la facción, por qué no iba él, contestó que necesitaba quedarse en el pueblo para cubrir las bajas.

Don Carlos es el que siempre fué, y no puede ser otra cosa, dado lo que representa; y lo que representa es el absolutismo en su matiz más feroz, el absolutismo que calificó de liberal á Fernando VII, á pesar de que no dejaba un día de colgar liberales.

Cuando Manterola, el célebre canónigo de Vitoria, que tanto contribuyó á iniciar y sostener la guerra, publicó aquel folleto titulado *Don Carlos ó el petróleo*, padeció una equivocación en el título, pues debió decir: *Don Carlos y el petróleo*.

Prendía presentar ese líquido como arma destructora de la demagogia desenfrenada, siendo así que quienes lo empleaban á cada paso, lo mismo para quemar fuertes, que casas, que iglesias, eran los seráficos defensores de la religión.

Supongo que, después de leer esto, no insistirá usted en que es ilógico en mí negar á los carlistas el derecho á gobernar.

Me pregunta usted «qué puedo esperar de un partido á quien no unen la desgracia ni el dolor y que abandona á su defensor mas resuelto.» Tomando al partido por los que bullen, bien poco espero. ¿Poco he dicho? Nada. En cambio, espero mucho del partido en conjunto. Por esto mi única aspiración hoy es que venga la República, sea como fuere y con quien fuere; que salte el tapón monárquico. ¿No responde el pueblo, al ver el dueño de sus destinos, á lo que de él se aguarda, y que á él interesa más que á nadie? Pues me consideraré vencido, no equivocando. Hoy ya confieso que nada hay arriba y en medio muy poco; entonces confesaría que abajo había menos. Pero ni aun entonces me arrepentiría de mi obra; antes bien me envanecería de haber contribuido á que la luz se hiciera. Yo llamo pueblo á los que tienen hambre y sed de justicia. Si se demostrase que esos no estaban con los republicanos, me acercaría á ellos, estuviesen donde estuvieran.

Efectivamente, el partido republicano no se ha portado bien conmigo; si afirmase lo contrario mentiría. Y en parte me lo explico. He atacado las jefaturas y las ridiculeces; no me he encasillado en comités ni juntas; he juzgado con independencia á los hombres y sus actos; no me he presentado candidato á nada; y harto sabemos que para medrar en los partidos populares hay que exhibirse, charlar, pro-

meter aunque no se cumpla, alardear de méritos que no se tengan, aspirar á todos los cargos, utilizar la influencia ajená. ¡Y como yo soy del otro sistema!... Además, mis ataques á los curas disgustan á casi todos los que en nada creen, ¡por la señora! ¡por los niños!... ¡Ella tan candorosa! ¡Ellos tan inocentes!... Todo eso lo sé, y, lo que es peor aún, lo toco. Pero como yo soy republicano por convicción, sigó mi camino.

¡Ah! Si no fuera así, hace mucho tiempo que hubiese dejado de trabajar por la República. Hay entre mis correligionarios tantos imbéciles de la clase media en talento, aspiraciones y moralidad, que realmente no merece la pena de aspirar á una forma de gobierno en que quepan. Verdad es que en todos los partidos hay incapaces de esa categoría, que se creen personajes porque figuran en un comité, asisten á un banquete, ó dan cinco duros para sostener el periódico oficial, que al fin muere sin lectores y con deudas. ¿Pero voy yo á sacrificar mis convicciones al majadero que deja la suscripción porque su jefe no me parece perfecto, ó al infeliz á quien le ordena su señora que se borre, instigada por su confesor, ó al animal que no comprende lo que digo á pesar de decirlo tan claro? No, yo seguiré mientras pueda, ¡y hasta después que no pueda!, combatiendo como hasta aquí, guste á la mayoría de los republicanos ó le disguste. Esté yo bien conmigo, y váyanse á donde se merecen los que carezcan de valor, independencia ó entendimiento para aplaudir lo que hago. Esto en mí carece de mérito porque no podría hacer otra cosa, y porque, como dice el vulgo, á costa de sus costillas cualquiera es valiente.

También me pregunta usted «qué me han dado los republicanos por mis folletos contra don Carlos.» En EL MOTIN ha podido usted verlo. «Que si los hubiera hecho defendiendo á los carlistas, sería rico.» Posible es; pero yo no podía hacer eso. Me propuso á jurarle que no los escribí con la idea de enriquecerme, pero que me habría agradado mucho padecer en esto una gran equivocación. Y hasta me hubiera contentado con publicar los folletos en poco tiempo y con relativo desahogo. Y hasta no me habría disgustado repartir los seis últimos sin haber tenido que vender la máquina de la imprenta que aún conservaba á un correligionario, lo que ha equivalido á enagenar el maússer en medio del combate. Pero, en fin, esto ya pasó, y no tiene importancia. Lo importante es que me he salido con la mía; que la colección de folletos está completa. Ofrecí terminarlos de un modo ó de otro, tarde ó temprano, y lo he conseguido. Un triunfo más. Uno de los capítulos más hermosos de Victor Hugo en *Los Miserables* es aquel que comienza: ¡Un hombre al mar! Pero el buque no se detiene por eso. Lo lamentable es que el buque republicano esté detenido, no el que un republicano se ahogue.

«Que debería yo recordar los crímenes de los liberales.» Si escribiera la historia de las luchas políticas en este siglo, no los callaría. Pero como me limito á recordar los que el carlismo ha perpetrado para ver si impido que ensangrienten de nuevo á España, ¿á qué hablar más que de ellos? Bien mirado, tampoco es necesario; ya se encargan los carlistas de caricarlos.

«Que entre mi república y el carlismo hay menos distancia que entre el carlismo y la anarquía de usted.» Lo niego. Si la anarquía consiste en hacer cada cual lo que guste, ¿quién como los carlistas la practican? Hacen lo que les acomoda sin tener en cuenta que la libertad de uno acaba donde empieza la de otro, como usted recuerda; principio democrático, no anarquista.

«Que España, hoy por hoy, sólo puede volver la vista á don Carlos.» Si lo dice por lo encanallada que está en gran parte, no será yo quien desmienta á usted; realmente no podía encontrar rey más á propósito; mas si lo dijere en el sentido de no tener otro salvador, aquí está un español que preferiría el anarquismo en su matiz más brutal. Este terminaría en un par de semanas, ó en un mes á lo sumo, por triunfo ó derrota; el carlismo podía durar años, y por lo tanto, causar más víctimas. Y de dos males, el menor. Y en último extremo, vale más morir entre las garras de un león que ahogado por una serpiente.

«Que con su gobierno tal vez preponderase el trabajo sobre la indolencia, el ambiente que estimula sobre el ambiente que enerva.» Dispense usted que no conteste este párrafo; si está escrito irónicamente, porque estamos conformes; y si en serio, porque yo no puedo tomar en serio eso de que en un régimen basado en el predominio de la frailería, la aristocracia y el clero, pueda preponderar el trabajo.

«Que si don Carlos no nos salvaba, nos haríamos ingleses ó sinvergüenzas.» Imposible. Sinvergüenzas lo seríamos desde el instante mismo que lo tuviésemos por rey; ingleses ya nos haría él. ¡Y que no se pinta sólo para esto!

La cita de Macaulay no es oportuna; contradice las afirmaciones de usted. Si los gobiernos no influyen en las desdichas de la patria ¿qué más da que se formen con éstos ó aquéllos hombres? Yo puedo estar conforme con Macaulay, pero usted no. Teniendo en cuenta sus ideas, yo comprendería que usted abogase porque los anarquistas vinieran y lo trastocasen todo, ¡pero don Carlos! ¿Para qué, si había también de limitarse á curar la úlcera? ¿Curar he dicho? Agrandarla y exacerbada.

«Combatamos, termina usted diciendo, la sociedad y el organismo.» Sin excitación de nadie lo he hecho desde que comencé á escribir. Desafío á todos mis contemporáneos á que presenten una labor más continuada ni con más unidad que la mía. Y la he realizado sin aspirar al apostolado social, ni al sacerdocio humanitario; más aún: sin desear siquiera el agradecimiento de aquellos por quienes he trabajado.

He procurado contestar punto por punto á su artículo, dejando el darle las gracias por los elogios que me prodiga al ofrecerme de usted aflicto, amigo en espíritu y en verdad,

JOSÉ NAKENS.

CARLISTAS VERGONZANTES

Varios periódicos que se titulan liberales y que por parecerlo han medrado, vienen desde hace un par de años contribuyendo poderosamente á la propaganda del carlismo, ya celebrando *entrevues* con don Carlos, ya publicando sus escritos, ora dando las noticias que le favorecen, ora haciéndose eco de cuanto sus partidarios dicen.

Comprendo que los periódicos de gran tirada deben tener al corriente á sus lectores de cuanto ocurre, por más que en ocasiones no lo hagan, y pudiera citar muchos casos; pero hay gran diferencia entre dar la noticia y copiar íntegramente lo que á los carlistas conviene que circule. Esto cuando no lo comentan en sentido favorable á su causa.

¿Se preparan esos periódicos para las contingencias del porvenir? Probable es; que ya es corriente en política lo de *mudarse por mejorarse*.

Mas en este caso, preparémonos los anticarlistas para algo provechoso que pudiéramos hacer el día que las hordas del *Chapa* se echasen al campo; y caso de sentir á aquella hora el pecaminoso deseo de ser algo tolerantes, ejercitémoslo con los periódicos francamente carlistas, no con los que bajo la careta liberal hayan venido protegiendo al carlismo.

Hablaré á menudo de esto, para que nos vayamos acostumbrando á la idea de hacer algo muy gordo con los cómplices vergonzantes del *Chapa*.

EL GENERAL DE LOS JESUITAS

«Disentimos en absoluto de las ideas que representa en política el Sr. Romero Robledo, pero las revelaciones que hizo el jueves en el Parlamento le convierten esta semana en colaborador nuestro. Sepa el país, sepa la Europa moderna, qué hombre político nos espera, ó mejor dicho, nos amenaza.

Dijo el Sr. Romero Robledo:

«Envió el general Polavieja persona autorizada para tratar con el cabecilla Aguinaldo: esto se halla escrito.

El superior de los jesuitas en Filipinas fué el comisionado, y escribió á Emilio Aguinaldo.

Así aparece en un periódico que se publica para repartirlo entre los individuos de la Compañía de Jesús.

El Sr. Romero Robledo dió lectura á dicho periódico, en el que consta que la intervención fué solicitada por el general Polavieja, quien solicitó de los jesuitas trataran de pactar con los rebeldes tagalos.

Aguinaldo recibió á estos emisarios de paz, y después de una carta del superior de los jesuitas y otra del Sr. Comenge. Es decir, que el cabecilla trataba la cuestión de potencia á potencia.»

Es decir, que los jesuitas están á las puertas del poder, que el general *cristiano*, aquel á quien salieron á recibir curas y frailes, es el

que, según dicen, ha de gobernar, con preferencia á los Weyler, Martínez Campos, López Domínguez, Correa, Borrero, Lachambre, etc, representantes del ejército español ¡que es un ejército liberal sobre todos los del mundo!

¡Y aquella Zaragoza liberalísima se vuelve loca ante este general de la Compañía de Jesús!

¡Que corra esta nota, que corra por toda España, porque es muy urgente!»

(Vida Nueva.)

EL DINERO DE LA ALMUDENA

Hemos visto las cuentas de lo recogido en el último trimestre para las obras de la Almudena; la recaudación va en baja como los negocios de Comillas; no podía ser de otro modo.

El público se cansa, comprende cada católico *pagano* que morirá sin ver el fruto de su dinero y van todos cayendo en la cuenta de lo inútil y disparadamente costoso de esa obra insensata, engendro de cerebros calabazudos.

—Los tiempos se ponen malos, no están para iglesias—decía ayer un cofrade viejo.— Toda obra que no se haga en pocos años, peligra; el mejor día sobreviene una revolución, cual la que todos atisbamos y... *zds*, destruye lo edificado, á pretexto de abrir una calle, ó lo convierte en almacenes ó teatro y ¡adios nuestro dinero!

El cofrade tenía razón. Ya se lo habían dicho varios á Cubas.

El, mejor que nadie, sabía el estado de nuestro público piadoso. Aquí todo el que es rico ó tiene fama de serlo, se ve asediado, acibillado por legiones de pedigüños. Los jesuitas, que ellos solos obtienen millones; los frailes, las monjas, las beatas, las hermanucas, los asilos, las Juntas de damas, las cofradías, la misma beneficencia pública, las parroquias las escuelas católicas, los mismos obispos, no cesan de pedir y más pedir y de un modo insistente y comprometedor, para conventos, iglesias nuevas que son edificadas prontamente, colegios, hospitales, funciones y demás socialidades, disputándose como lobos hambrientos el dinero, no sólo de los particulares, sino del Estado. Es un continuo llamar á la puerta, remitir circulares y cartas, buscar recomendaciones y valerse de los medios más bajos e indignos.

Se pide en el púlpito, en el confesonario, en la escuela y en el círculo; se inventan suscripciones y hasta tributos sobre los sueldos: es no poder vivir.

Luego las necesidades religiosas ordinarias, el dinero del Papa... la Biblia, ¡y sobre todo eso, cincuenta millones de duros para una obra fea, mal situada, supérflua é interminable! *Nequaquam*.

La gente de Iglesia es insaciable. Con todas las socialidades y necesidades referidas, que ya causan á los pobres un perjuicio incalculable, y á pesar de nuestra pobreza y de las desgracias que nos afligen, sale el obispo de Salamanca ideando un magnífico templo á Santa Teresa, por suscripción y con limosna, y el de Barcelona quiere otro, y de Inglaterra nos sacan el dinero para una catedral en Londres, mientras los templos españoles antiguos, verdaderas glorias del arte, se desmoronan y exigen mucho dinero sus necesarias reparaciones.

Cubas sabía todo esto y mucho más, como que pertenece á gran parte de esas Juntas de mendicidad católica; y, sin embargo, proyecta esa catedral; y no como quiera, sino doble, un templo encima de otro, ¡cheche usted rumbo!, y adornos y talla supérflua en la piedra, y mucha de esta inútil; bárbaro gusto y bárbaro gasto: él no habrá de pagarlo, ni el rey ni la princesa que lo comprometió tampoco; pero de todos sería la gloria, si la hubiere, y principalmente de Cubas. Esto le cegó.

Ahora toca los resultados. Han pasado dieciséis años, se han enterrado en aquel abismo de piedra muchos millones y aún no hemos

concluido los sótanos: cuando se terminen... faltará empezar la catedral.

No, eso no sucederá. Esa obra ridícula y pretenciosa no continuará; el sentido común nacional ha de impedirlo; el arte no lo puede consentir, ni la religión misma, ni... el bolsillo. Cubas quedará en completa rechifla, sin gloria su catedral. La idea de la princesa inocente y del rey no prosperará, ni es posible, y la revolución se aprovechará como pueda de ese montón de pedruscos hacinados junto á la casa grande. Los fieles lo saben y por eso cierran sus bolsas, y la cuestión va en creciente baja... Más vale así.

(El País.)

LOS CARLISTAS

¡Oh, sí! Ahora mataremos, porque hay que matarlo alguna vez, el espíritu carlista, cúbrase con el ropaje que quiera, político, social, religioso. Hay que dejarles á nuestros hijos, ya que no colonias ni dinero, la seguridad de que no se verán perturbados en su marcha hacia el progreso, como nosotros lo hemos sido, por los constantes enemigos de la libertad.

Y para esto, repitámoslo: lo primero que se nos impone es caer rápidamente, con energía, con resolución inquebrantable de exterminarlas, sobre las primeras partidas que se echen al campo; y con mayor rabia aún sobre sus cómplices en las poblaciones, vistan frac ó chaqueta, púrpura ó pana, lleven capa ó manto, anguarina ó sayal. Y tomar determinaciones energéticas, por ejemplo, éstas ó parecidas:

En la Gaceta próxima al día que se reciba la noticia de haberse levantado los carlistas en armas, debe publicarse el siguiente decreto: «Quedan suprimidos todos los conventos y asilos religiosos. El pueblo es el encargado de hacer cumplir este decreto.»

En el mismo día, y por órdenes reservadas, se dispondrá que se incauten los ayuntamientos de todas las alhajas de los templos, para que no sean vendidas y empleado su producto en balas y pólvora.

A todo carlista que desaparezca de la población en que viva, se le impondrá una multa diaria, y si no tuviese bienes, la pagarán sus correligionarios.

Se retirará toda clase de asignación al clero para impedir que vaya á parar á manos de los carlistas y con nuestro dinero se nos combata.

Se enviarán instantáneamente fuerzas á la frontera, con más teas que municiones, para que vengán incendiando los pueblos y caseríos carlistas.

Se impondrá una fuerte contribución de guerra á todas las personas reconocidamente afectas al carlismo, para que no carezcan de nada nuestros soldados.

Serán embargados y vendidos en pública subasta, al mes lo más tarde, todos los bienes de los carlistas y personas afectas á su causa, reservando sus tierras para darlas en lotes á los inválidos de la guerra. El importe de lo vendido se aplicará á pensiones que deberán concederse á los padres ó hijos de los que mueran en campaña.

Otro medio eficaz para cortar la guerra en sus comienzos, sería reunir en Madrid á los arzobispos y obispos, y rogarles que nombrasen una representación de su seno que pasara á convencer á los carlistas de la conveniencia de deponer las armas, quedando los demás en rehenes para responder subsidiariamente de la conducta de sus delegados.

A los espíritus meticulosos que pudieran juzgar esto un poquillo fuerte, debo decirles:

La guerra es lo anormal, lo violento, lo ilegal, y es hermosamente ridículo, pero ridículo al fin, pretender regularla como las demás acciones humanas. Si al comenzar la pasada se hubieran tomado las precauciones que indico para la venidera, no hubiese alcanzado las proporciones que alcanzó.

Y no hay que olvidar que la guerra que se elabora hoy en los antros del clericalismo, ha de ser, si no impedimos su desarrollo, más terrible que las dos anteriores, porque es la última esperanza de todos los elementos que odian la libertad en Europa.

Conque á no dormirnos; y ya que los carlistas se preparan para las eventualidades del porvenir, no pequemos nosotros de descuidados, pues esta apatía se paga luego con ríos de sangre, mares de lágrimas y montes de oro.

Alguien juzgará peligrosos los medios que propongo, por creer que la violencia puede arrastrar á muchos al campo contrario. Está en un error. Lo único que alienta á los que luchan en nombre de ideas caducas, es la debilidad de los que deben combatirlos. Y ahí está la historia que lo demuestra. En cambio, todos sabemos que en Francia no ha vuelto á promover guerras el clericalismo, desde que el general Hoche apeló á medidas energéticas en la Vendée.

Y mientras tanto, no olvidemos lo siguiente:

Los carlistas tienen una policía mejor organizada y servida que gobierno alguno: el clero y las órdenes religiosas. Ella busca por todos los rincones de la Península á cuantos por sus antecedentes y por su conducta ofrecen motivos de sospecha á la reacción; los vigila constantemente, los persigue en las sombras, los sitia por hambre; se apodera por medio del confesonario hasta de los más recónditos secretos del hogar; lleva y trae órdenes de organización y propaganda; esconde armas y municiones en los conventos é iglesias, ayuda, en fin, al carlismo con toda clase de recursos y por todos los medios.

Vigilemos, pues, á la policía del Chapa, convirtiéndonos cada uno de nosotros en agente secreto de la libertad.

Cierro este último folleto.

Mas no quiero terminar sin rendir tributo de admiración y cariño á los generales, jefes, oficiales, soldados y voluntarios que en ambas guerras lucharon por la libertad. A esta distancia no se recuerda, ni debe recordarse, lo que los primeros pensaban, si no lo que hicieron. Espartero, Narvaez, Zurbano, Ozaá, Fernandez de Córdoba, Mina, Prim, León, Concha, O'Donnell, Pardiñas, Quesada, Martínez Campos, Moriones, Serrano, Pezuela, Loma, Blanco, Cabrinetty, Zabala, Echagüe, Contreras, todos, en fin, moderados ó progresistas, que impidieron el triunfo del carlismo, todos merecen que nos honremos recordándolos; todos, siguieran antes ó después en política éste ó aquél camino, tienen derecho á nuestra gratitud sin límites. Gracias á ellos, y aun cuando por culpa de todos nosotros se halle hoy España tan abatida, quedamos en condiciones de trabajar por su regeneración y su grandeza, lo que nos sería imposible si el absolutismo se hubiese entronizado.

(Del Folleto 45, en prensa.)

UN OBISPO MENOS

Ha muerto Calvo y Valero, el de Cádiz, el que distrajo los millones del legado de Igarreda. Y la prensa de gran circulación, que nunca le estimuló á devolverlos, se desata ahora en su elogio.

En su testamento ha dicho el finado que los pobres fueron la única preocupación de su vida, opinión que rechazarán los de Cabezón de la Sal, Carrejo y Santibañez.

Todos los obispos y muchos personajes han telegrafiado manifestando su gran sentimiento. Voy á proporcionarles el medio de que lo creamos verdadero.

La memoria de Calvo y Valero queda manchada por la causa dicha. Abran esos obispos y esos personajes una suscripción para hacer lo que él no hizo, y rehabilitada quedará.

Debieron abrirla viviendo él para haberle consolado, evitando de paso grave tribulación á la Iglesia. Pero á tiempo están aún. Háganlo y entonces crearemos que realmente han sentido su pérdida. De lo contrario, ya sabemos á qué atenernos respecto á los sentimientos hondos que se expiden en un telegrama de á peseta.

COSILLAS

Caballeros republicanos: hay que pensar seriamente en algo grande que nos rehabilite en la opinión; de lo contrario vamos á pasar á la historia llenos de... ¡ay qué peste!

Por que ya hemos llegado á lo último; á que los mismo: monárquicos estén avergonzados de nosotros.

Si el gobierno español consiente que se establezcan en España los frailes que han sido causa de la pérdida de las islas Filipinas, será cómplice consciente de los carlistas en la próxima guerra, pues sabido es que de Filipinas vinieron muchos miles de duros para la pasada.

Y si entonces, que explotaban tranquilamente á los tagalos, se preocupaban tanto del triunfo de don Carlos, ¿qué no harían ahora que no tienen más salvación que la de convertir en tagalos á los españoles?

Tome, por lo tanto, el gobierno las oportu-

nas medidas para impedir que esas gentes manchen el suelo de la Península.

¿No dicen que su misión es ganar almas para Cristo? Pues á Africa á arrancárselas á Mahoma.

De El Siglo Futuro:

«Desde Bilbao.—Sr. D. Ramón Nocedal.—El círculo católico vascongado, con motivo de la solemne función religiosa consagrada al Sacratísimo Corazón de Jesús, pide á su patrono conceda á usted larga vida para estirpar de nuestra querida España el maldito liberalismo.—El presidente, Alfredo Ortiz de Villacian.»

¿Qué tal? ¿Se duerme el clericalismo?

¡Ah liberales mamarrachos, los de Bilbao en primer término! Merecáis padecer durante un año siquiera bajo el poder de Poncio Chapa, por la tranquilidad con que veis esos manejos criminales.

Según el periódico parisiense *La Patrie*, algunos comisionados yanquis han entregado sumas de importancia á varios cabecillas carlistas, para levantar partidas en las Vascongadas.

Negarán que las han tomado. Estas cosas se niegan siempre.

Pero que son capaces de tomarlo, de esto responde su historia.

Además, los jesuitas, que están con ellos, los absolverían de este pecadillo, recordándoles su máxima predilecta; *el fin justifica los medios*.

Un tal tal Ferrando ha afirmado desde el púlpito de la colegiata de Vigo, que si España lleva la peor parte en la contienda con norteamericanos, cubanos y tagalos, sufriendo además todo género de calamidades, es castigo de Dios por nuestra falta de fe.

¡Animal!

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

Se han servido ya á provincias los pedidos del 40, 41 y 42 cuyos sumarios son los siguientes:

Folleto 40.—Organización carlo-clerical en la primera guerra.—Frailes sublevados.—Canónigos y curas en armas.—Destierro de clérigos.—Origen de la *Partida de la muerte*.—Escándalos en el convento de Beruela.—Curas trabucaires en la segunda guerra.—Asesinato del gobernador de Burgos en la catedral.—Sermones sanguinarios.

Folleto 41.—Más curas en armas, y más destierros, y más crímenes.—Intransigencia religiosa en favor del carlismo.—Doble política del Vaticano.—El clero sólo puede ser carlista.—Destacado de los curas con la dinastía.

Folleto 42.—PRIMER SITIO DE BILBAO.—Quince días de bombardeo.—SEGUNDO SITIO.—Cinco mil balas rasas y 1.700 proyectiles huecos en cinco días.—Carlos V. decretando prisiones, fusilamientos y despojos.—La batería de la Muerte.—Heroicidades á granel.—La noche de Luchana.—Alcución de Espartero.—Entrada en la Villa.—TERCER SITIO.—Destruir por destruir.—Disparos contra los hospitales y la Cruz Roja.—Asesinatos de mujeres y niños.—Mujeres heroicas.—Insultos canalleros.—El hambre en Bilbao.—La liberación.—Proyectiles arrajados.—La guerra próxima.—Los conventos fortalezas carlistas.

En breve serviremos los tres que faltan para completar la colección.

CIENCIA Y RELIGIÓN

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

M. Romero, impresor.—Tudescos, 34.